

# LA VISPERA DE NAVIDAD



COLECCION MARILUITA N°45



La vispera  
de Navidad

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA

## LA VISPERA DE NAVIDAD

Era Nochebuena y nevaba copiosamente.

Todos los caminos estaban blancos y pocas personas se hallaban ausentes de sus casas, pues en todas ellas la atmósfera era tibia, gracias a las hogueras encendidas, y los del pueblo se preguntaban qué les traería el día de Navidad.

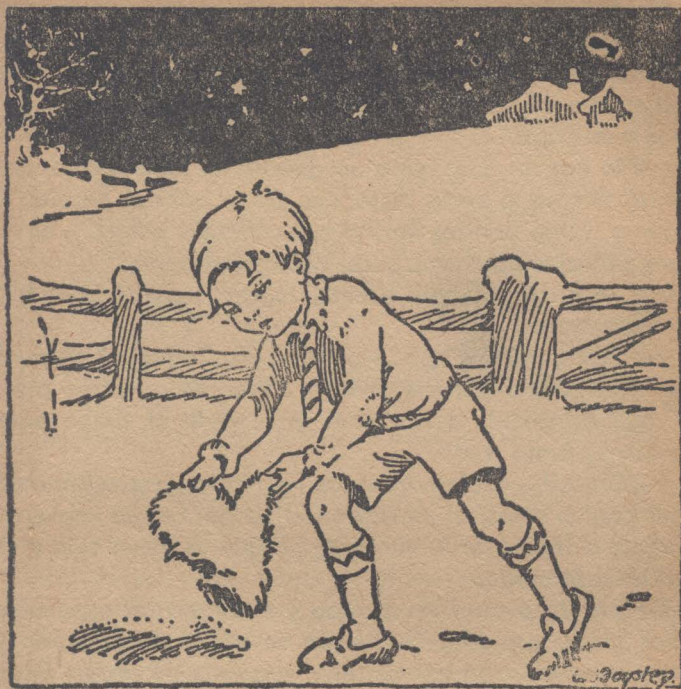
Pero no todos pensaban lo mismo, porque si hubierais podido ver la familia reunida en la casita situada al extremo del pueblo, fácilmente advertiríais que aquellas personas no eran felices. En el hogar no había fuego y en la alacena sólo quedaban unas cortezas de pan. Ante la ventana había tres niños que miraban caer la nieve. En el dormitorio de la parte posterior estaba el padre, en la cama, enfermo, y la madre se esforzaba en abrigarlo poniendo encima del cobertor cuanta ropa tenía a su disposición.

—Ya estamos otra vez en Nochebuena—dijo Guillermo, que era el mayor de los tres niños.—Y el pobre papá está enfermo y sin trabajo, de modo que mamá no tiene dinero. La Navidad pasada fué casi tan mala como ésta, porque entonces la enferma era mamá.

—Quizá Santa Claus tendrá compasión de nosotros y nos traerá algo—observó Paquita.

—¡Qué bonito sería eso!—exclamó el pequeño.—Yo, por mi parte, pondré las medias, a ver qué pasa.

—Es inútil—le dijo Guillermo.—Santa Claus no viene nunca a esta casa. Sin duda se ha olvidado de ella.



### NO ERA UN GATO, SINO UN GUANTE DE PIEL

Y los tres niños oprimieron sus narices contra el vidrio de la ventana, para seguir observando la nevada.

—Ya nieva menos—dijo Guillermo.

—¿Qué blanco está el camino?—observó Paquita.

—¿Qué será eso negro que se ve al lado de la cerca?—preguntó Guillermo.—¿No os parece un gato?

—¡Pobrecito! Tendrá mucho frío, Guillermo—dijo Paquita.—Sal a verlo.

Guillermo salió de la casa y echó a correr para recoger el gato, pero, al inclinarse, vió que no era ningún minino, sino un enorme guante de piel, aun tibio. Más allá estaba su pareja y Guillermo los recogió y volvió con ellos a su casa.

—No era un gato, sino un guante de piel. Mirad, encontré el otro a corta distancia. Se le habrán perdido a alguien. ¡Qué bonitos son y qué calientes están! Vamos a ponérselos por turno y así nos calentaremos.

Así lo hicieron y, en efecto, lograron quitarse el frío de las manos.

—¡Qué cómodos son!—observó Guillermo al llegarle la vez.—¡Ojalá estuviesen tan calientes nuestros pies! ¡Y qué agradable sería tener encendido el fuego para sentarnos junto a él!

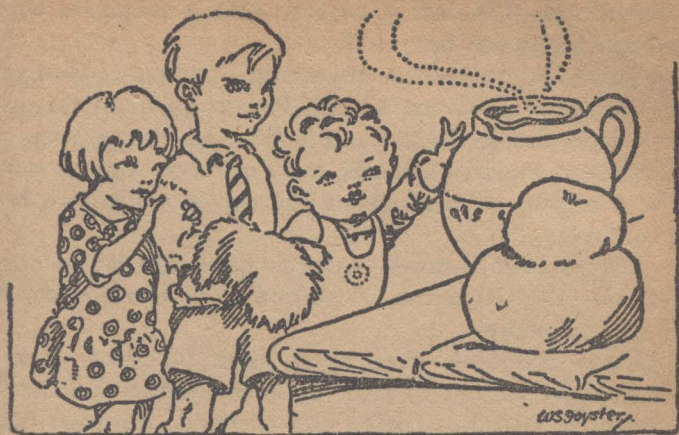
—¡Oh, sí!—exclamaron sus hermanos, estrechándose unos contra otros, al pensar en el fuego. Luego volvieron a mirar a través de la ventana, porque la nieve caía otra vez intensamente.

De pronto oyeron un crujido y sintieron un agradable calor en la espalda. Guillermo se volvió sorprendido y pudo observar algo extraordinario a más no poder. En el hogar, antes vacío, rugía una fogata. Ardían allí grandes leños y las llamas subían por la chimenea, danzando alegremente. Los niños, al verlo, se acercaron al fuego, y se sentaron lo más cerca de él que les fué posible.

—Mamá lo habrá encendido para darnos una sorpresa—dijo Guillermo.—¡Qué bonito! Yo no la he oído. ¿Y tú, Paquita?

—No—contestaron los dos pequeños.—¡Qué bien caliente!

—¡Y qué agradable sería si tuviésemos algo que comer!—observó Guillermo.—¡Ojalá pudiésemos tomar pan con leche, como otras veces!



### LOS NIÑOS MIRARON MUY SORPRENDIDOS

—¡Oh, sí!—dijo Paquita.—Pero no pensemos en comida, Guillermo, porque eso me da todavía más hambre. De repente sintieron un olor muy agradable y el pequeño levantó su naricilla para olfatear el aire.

—Huelo a leche caliente—dijo.

—No seas tonto—le contestó Guillermo.—Es una ilusión.

Pero él también olfateó y, volviendo la cabeza, miró a la mesa.

Durante unos momentos guardó silencio y luego se puso en pie, asombradísimo, porque en la mesa había un enorme jarro de leche, y a su lado, un pan blanco, muy apetitoso.

—¡Mirad! — exclamó Guillermo.—Se ha cumplido nuestro deseo. ¡Mamá! ¡mamá!

—¿Qué pasa?—preguntó su madre, acudiendo desde

el dormitorio.—¡Niños! ¿De dónde habéis sacado la leña para ese fuego tan hermoso?

—¿No lo has encendido tú, mamá?—preguntó Guillermo, asombrado.—Si no es así, ignoro quién lo ha encendido. Y ahora, fíjate en la leche y en el pan, mamá.

La buena mujer, pasmada, miró al fuego y luego a la leche y al pan, y se sentó en una de las sillas para reflexionar.

—¡Ojalá tuviese papá un fuego como ése en su dormitorio!—dijo Guillermo, al pensar en el frío que debía de tener su padre.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando oyeron un grito de sorpresa en la habitación de la parte trasera y los niños fueron allá corriendo para ver qué sucedía.

—¡Mirad!—les dijo su padre.—Mirad qué hermoso fuego. Se ha encendido de repente, mientras yo miraba el hogar vacío. ¿Cómo se explica eso? ¿Será un sueño?

—No. Es un fuego de verdad—contestó Guillermo.—Nosotros tenemos uno también, papá, y, además, pan y leche.

—Todo lo que deseamos se convierte en realidad—dijo Paquita.—Anda, Guillermo, desea algo más.

—¿Qué pediré?—preguntó Guillermo.—¡Oh, ya lo sé! Que la alacena se llene de buenas cosas.

Paquita y el pequeño dieron un grito y acudieron a la alacena para ver si se había cumplido el deseo de su hermano. Y ya podréis imaginaros su alegría al ver que los estantes aparecían llenos de pasteles, de carne y de toda clase de golosinas.

—¡Oh!—exclamaron echándose a bailar y a palmo-tear.—¡Cuántas cosas buenas tenemos!

En vista de esto, Guillermo empezó a desear multitud de cosas interesantes. Pidió un abrigo de pieles para su



madre, una talega de monedas de oro para su padre, muñecas para su hermana y un traje de lana para el pequeño. Pidió también chocolate, mantas, carbón, pasteles de manzana, un árbol de Navidad y juguetes de toda clase. Y todo lo que iba deseando aparecía en el acto. Se divertían de un modo extraordinario y Guillermo estaba tan excitado, que apenas podía respirar.

—Pero ¿cómo se explica que se cumplan todos los deseos de Guillermo?—preguntó el padre.—Oye, hijito, desea mi restablecimiento.

Así lo hizo el niño, y en cuanto hubo pronunciado aquellas palabras, el padre saltó de la cama, fuerte y vigoroso como nunca. Tomó las manos de Guillermo y empezó a bailar con él. Y entonces se fijó en los guantes de piel que llevaba el niño.

—¿De dónde has sacado esos guantes?—preguntó.—¿Los has deseado también?

—No, los he encontrado fuera de la casa y sobre la nieve—contestó el niño.—Se le habrán perdido a alguien.

—A ver, auítatelos y deia que los vea—le dijo el padre.—Quizá son unos guantes mágicos.

Guillermo se los quitó y su padre los examinó atentamente. De pronto profirió un grito y enseñó a los niños algo que estaba escrito en una etiquetita cosida en el forro.

—Mirad—dijo.—Ved lo que aquí dice. Me parece que hemos hecho mal uso de estos guantes.

Guillermo miró y leyó:

“Si estos guantes llegasen a perderse, dejadlos donde los encontréis y absteneos de utilizar la magia que contienen para formular ningún deseo.”

—¡Dios mío!—exclamó Guillermo.—Mejor será que los deje en el mismo lugar en que los encontré. Y ahora,

papá, te aseguro que preferiría ver desaparecer todas las cosas que tenemos, antes que sufrir el enojo del mago que los haya perdido y nos castigue.

Entonces deseó la desaparición de todas las cosas que había obtenido y, en un abrir y cerrar de ojos, se quedaron sin nada. Desvaneciéronse la comida, el abrigo de pieles, el pan y la leche, y aun se apagó el fuego. Y lo peor fué que el padre se sintió otra vez enfermo y tuvo que acostarse. Era horroroso, y Paquita y el pequeño se echaron a llorar.

—¡Ojalá que nos hubiésemos comido el pan y la leche cuando estaban aquí!—sollozó Paquita.—Pero entonces no pensé en ello, porque estaba muy excitada.

Guillermo no replicó. Luego salió de la casa y dejó los guantes donde los había encontrado. Pero mientras lo hacía, oyó una voz poderosa que le decía:

—¡Eh! ¿Son esos mis guantes?

Se volvió en redondo. Y ¿quién os figuráis que era? Pues Santa Claus, en persona, de rostro tan bondadoso y enrojecido como solemos verlo en los dibujos. Guillermo se quedó tan sorprendido, que no supo qué replicar. Luego echó a correr hacia Santa Claus y le entregó los guantes.

—Los encontré hace un rato—explicó.—Y me los llevé a casa porque aun no había visto el aviso que hay dentro. Lo siento mucho, pero el caso es que hice uso de su magia para pedir muchas cosas. Luego, sin embargo, las he hecho desaparecer.

—¡Buen muchacho!—contestó Santa Claus.—Bueno, no me olvidaré de recompensarte. Vamos a ver, ¿dónde vives?

—Usted no viene nunca a visitarnos. De modo que, sin duda, desconoce nuestra casa—contestó Guillermo.—



## SE ACERCÓ A SANTA CLAUS Y LE ENTREGÓ LOS GUANTES

Allí vivo en compañía de Paquita y del pequeño, sin contar a papá y a mamá. Es así. ¿Ve usted?

—Sí, lo veo—dijo Santa Claus sacando un grueso libro de notas. Recorrió con el dedo una lista de nombres y luego, muy extrañado, observó:—Es muy raro, pero aquí no puedo encontrar vuestros nombres. Sin duda hay un error. Mi secretario lo habrá hecho sin mala intención. No sabes cuánto me alegro de haberte encontrado esta noche, pues así podré compensarte por todas las Navidades que no os he visitado. Ahora no puedo entretenerme, porque tengo prisa. Sólo he venido a recoger mis guantes. Acuéstate y ni tú ni tus hermanos os olvidéis de poner vuestras medias.

Montó en un trineo que le aguardaba y el vehículo desapareció a lo lejos, con gran ruido de campanillas. Guillermo se quedó mirándole hasta perderlo de vista y luego se metió en su casa, para contar a sus padres y hermanos la aventura que acababa de ocurrirle.

—Acostémonos inmediatamente—dijo.—Hace mucho



### TODOS SE ACOSTARON

frío y no hay nada que comer. Quizá por la mañana encontremos alguna cosa buena.

Obedeciendo su consejo, se acostaron todos y, en breve, se durmieron. Los niños estaban tan fatigados por la excitación, que no oyeron el regreso de Santa Claus. Cuando éste vió los hogares vacíos y la alacena desierta, se quedó muy asombrado.

—¡Caramba! Ese niño ha deseado fuego, comida y todo lo que no tiene y, sin embargo, al darse cuenta de la advertencia, se abstuvo de todo ello—murmuró. —Pues bien, voy a proporcionarle todo lo que pidió y algunas cosas más, para recompensarlo por su honradez.

En un abrir y cerrar de ojos, se encendieron las hogueras y la alacena quedó nuevamente llena de sabrosas provisiones. Luego Santa Claus llenó las medias de cada uno, dejó un caballo al lado de la cama del pequeño, una muñeca habladora junto al lecho de Paquita y un

tren estupendo en la habitación de Guillermo.

En la mesita de noche del padre dejó una botella de medicamento mágico y una gran bolsa de dinero debajo de la almohada de la madre. Luego se frotó, satisfecho, las manos y salió por donde había entrado.

¡Qué maravillosa mañana de Navidad fué aquella! Al despertar, la familia vió el fuego encendido en todas las chimeneas y la mesa cubierta de comida caliente. En la alacena encontraron un pavo y también un pastel, a punto de ser metido en el horno. El padre de los niños recobró repentinamente la salud, en cuanto tomó una dosis del medicamento, y su madre pasó sus buenos cinco minutos contando las monedas de oro de su bolsa. ¡Oh, fué un día magnífico!

—Vamos a vitorear a Santa Claus—exclamó Guillermo.—¡Le deseo que tenga una Navidad tan feliz como la nuestra!

---

# LA NIÑA QUE DESEABA UNA AVENTURA

—¡Oh, Dios mío, cuánto desearía tener una aventura!—dijo Isabel mientras estaba sentada ante su libro de aritmética.—Todo el mundo tiene aventuras, menos yo. Ahí está Petra, por ejemplo, que el otro día voló en el aeroplano de su tío. Y Guillermo, que ha ido a pasar el verano con una caravana. ¿Por qué no habré de tener también alguna aventura?

—“Cu, cu, cu”—exclamó entonces un cuclillo vecino, mientras pasaba volando por delante de la ventana. Isabel tuvo un susto, cerró el libro de un golpe y corrió hacia la puerta.

—Parece como si ese cuclillo quisiera jugar conmigo—dijo.—Voy a ver si lo encuentro en el bosque. Eso será mucho más divertido que pasar la mañana sumando.

Salió al jardín y atravesó la puerta exterior. Luego, echó a correr por el sendero, hasta llegar al bosque. Pudo oír aún al cuclillo que la llamaba y se detuvo para escucharlo mejor.

—Estoy segura de que se ha internado en el bosque—pensó Isabel al reanudar su camino.

Pronto abandonó el sendero que conocía y tomó otro mucho más tortuoso, practicado por los conejos en sus correteos nocturnos. Avanzaba por entre los árboles y a Isabel le pareció muy divertido seguirlo. De vez en cuando se detenía para escuchar al cuclillo, pero ya no pudo oírlo. De pronto miró a su alrededor.



### SE CAYÓ AL FONDO DEL AGUJERO

—Mejor será emprender el regreso—pensó,—porque, de lo contrario, podría extraviarme.

Se volvió para recorrer a la inversa aquel sendero, pero, sin darse cuenta, salió de él. De pronto vió que los árboles eran más claros y, por fin, impensadamente, se

vió ante un profundo agujero, y, como no pudo detenerse a tiempo, se cayó en él y empezó a descender, asustadísima.

¡Pum! Cayó sobre algo muy blando, de modo que no se hizo el menor daño. Muy cerca de allí brillaba una lámpara verde e Isabel se puso en pie para ver dónde estaba.

Estaba sentada en un enorme almohadón situado verticalmente debajo del agujero por el que cayera. Arriba, y a gran distancia, pudo ver la luz del cielo que brillaba en la boca del agujero. Ante ella vió un paso empinado, aunque no pudo saber a dónde conducía, porque estaba oscuro.

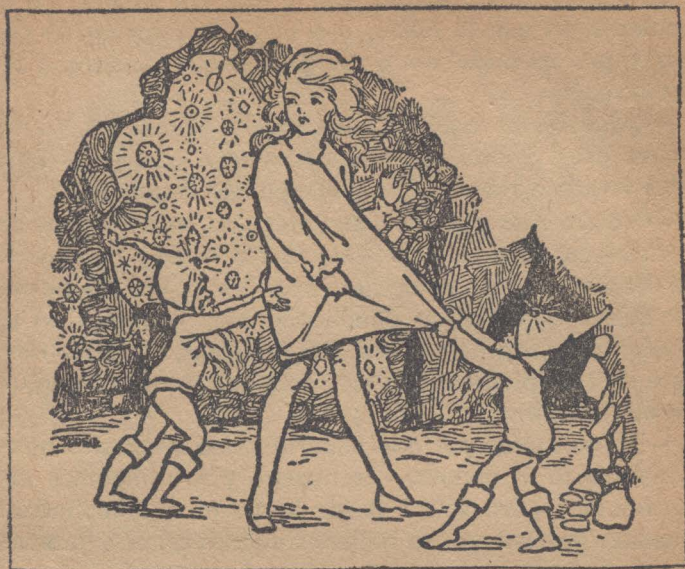
—Bueno. ¿Cómo podré salir de aquí? — se preguntó la niña.—Desde luego no puedo llegar a la abertura del agujero, pues, al parecer, está muy distante. Mejor será que me aventure por ese paso, para ver a dónde lleva. Realmente es muy extraño que ese almohadón estuviese aquí para suavizar mi caída. Supongo que se le habrá caído a alguien desde arriba.

Abandonó el almohadón y se aventuró por el estrecho paso inclinado, pero la pendiente era tan acentuada que incluso temió caerse y volvió al lado del almohadón. Entonces se le ocurrió una buena idea.

—Será mejor que me deje resbalar sobre el almohadón—pensó.—De este modo, no sólo no tendré nada que temer, sino que iré más de prisa que andando.

Así lo hizo y una vez que estuvo en el comienzo de la pendiente, dió un ligero empujón y se deslizó con tanta suavidad como si fuese sobre el agua. El almohadón bajaba con tal rapidez, que Isabel se quedó casi sin aliento. Luego, poco a poco, disminuyó la marcha, y, al fin, se detuvo en el centro de una maravillosa cueva.





## UNO TIRABA DE ELLA Y EL OTRO LA EMPUJABA

Isabel se puso en pie y miró a su alrededor en extremo asombrada. Vió que las paredes de la cueva resplandecían a causa de las numerosas piedras preciosas que contenía y de las que también estaba tachonado el suelo. No había necesidad de ninguna lámpara para iluminar la cueva, porque el brillo de aquellas piedras lo alumbraba todo con la misma claridad que si fuese de día.

—¡Dios mío! —exclamó Isabel, sin atreverse a creer lo que estaba viendo.—¡Qué extraño es eso! Me gustaría saber si alguien conoce la existencia de estas piedras preciosas. Estoy segura de que son brillantes, rubíes, esmeraldas y otras muchas que no conozco.

Se acercó más a las paredes y tocó las piedras. En el momento en que lo hacía, oyó una exclamación de cólera y pronto pudo ver a un gnomo que penetraba en la cueva.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién eres? —preguntó. — No toques esas piedras, porque pertenecen a nuestro Rey. ¿Has venido a robar? ¿Cómo has podido llegar aquí?

—Valdrá más que me preguntes una cosa después de la otra—contestó la niña.—Me llamo Isabel y he llegado por haberme caído al agujero que hay a flor de tierra. Por suerte di sobre un almohadón muy blando y en el mismo he bajado hasta aquí. Por lo demás, no deseo ninguna de esas piedras y no hice más que mirarlas, porque son muy bonitas.

—Tú no tenías por qué haberte caído a nuestro agujero—replicó el gnomo.—Es nuestro y lo utilizamos todos los días para saltar desde la tierra al almohadón. Ahora es preciso que te marches cuanto antes y prometas no decir nada a nadie.

—Dejadme contemplar un poco más esas bellísimas piedras—rogó Isabel, que no podía apartar de ellas la mirada.

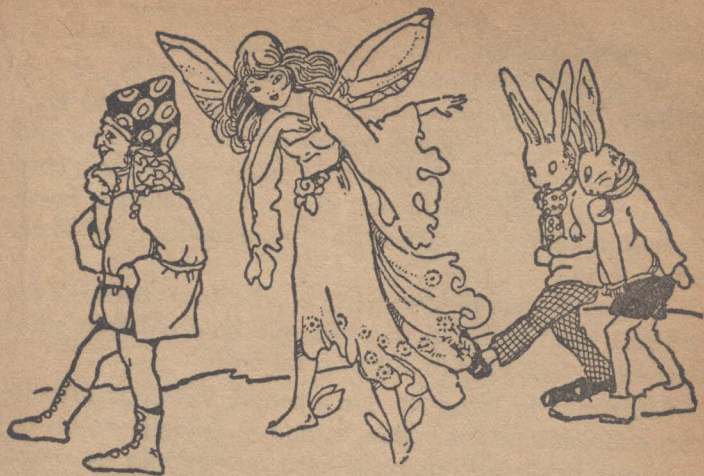
—Ni un momento más—contestó el gnomo.

Luego se llevó los dedos a la boca y dió un silbido tan fuerte, que Isabel tuvo que taparse los oídos. Acudió otro gnomo y al ver a la niña se quedó asombradísimo.

—Es preciso enseñar la salida a esta niña—dijo el primer gnomo.—Por consiguiente, hermano, ven a ayudarme.

Entonces, el gnomo empezó a tirar del vestido de la niña y el otro a empujarla, de modo que Isabel se vió obligada a abandonar aquella maravillosa cueva.

—No empujéis así—exclamó.—Ya os seguiré. Si me enseñáis el camino, yo sola me iré a casa.



### INDIVIDUOS MUY DIFERENTES ESPERABAN EL TREN

—Te meteremos en el tren — dijo el primer gnomo. Luego llevó a Isabel por muchos corredores hasta que, por fin, llegó a una diminuta estación de ferrocarril, en donde aguardaban diversos pasajeros. Un conejo era el encargado de despachar los billetes. Los enanos tomaron uno para Isabel y a los pocos instantes llegó el tren a la estación.

El convoy tenía una locomotora rarísima y todos los vagones carecían de techo, como los de mercancías. Estaban ocupados por habitantes del País de las Hadas y también por algunos animales y, al parecer, nadie se sorprendió ante la presencia de Isabel. Ella, por su parte, se admiró de tal manera, que no pensó siquiera en subir a un vagón, de modo que el conejo tuvo que empujarla para que lo hiciese.

Partió el tren, Isabel se volvió para examinar a sus compañeros de viaje. Eran dos conejos de aspecto solemne, que llevaban gafas, y un topo que leía un libro titulado "Cómo se cazan los coleópteros". Había también un hada que hablaba con un duendecillo y otro que estaba muy enfurruñado y de quien nadie hacía caso.

A Isabel le dió vergüenza dirigir la palabra a nadie. Miró su billete y vió que decía: "A la estación del Árbol Alto".

—Supongo que allí tendré que apearme—pensó.—Pero ¡Dios mío! No sé si una vez que baje del tren sabré cuál es el camino para volver a mi casa.

Pasaron a lo largo de numerosas y extrañas estaciones, cada una de las cuales estaba al cuidado de un conejo que hacía de jefe y de otro que ejercía de mozo, y, por fin, el tren salió al aire libre. Brillaba el sol, e Isabel se alegró mucho de verlo.

A gran distancia, la niña pudo ver un árbol muy alto.

—Ahí debe estar la estación de mi destino—pensó.

Medio minuto después, el tren volvió a detenerse y un mozo conejo exclamó:

—¡Estación del Árbol Alto! Todo el mundo cambia.

Isabel se apeó y miró a su alrededor. Vió campos y setos pero no conocía aquella comarca. Entonces se dirigió al mozo conejo.

—¿Puede usted indicarme el camino para ir a mi casa?—rogo.

—Supongo que querrá usted ir a su País—observó el conejo.—No, no lo conozco. Únicamente sé dónde hay una conejera, pero es usted demasiado grande para pasar por ella. Sin embargo, ¿ve usted aquel elfo? Está encargado del globo y, sin duda, podrá ayudarla.

—Muchas gracias—dijo Isabel.



## UN HERMOSO GLOBO AZUL SE ACERCABA AL ELFO

Luego echó a correr en dirección al elfo que le habían indicado y se preguntó qué sería del globo.

—Dispéñseme pero ¿podría usted indicarme el camino de mi casa? — preguntó la niña con la mayor cortesía.

—Si no fuese usted tan corpulenta, podría tomar el globo—contestó el elfo.

—¿Qué globo es éste?

—Es un globo mágico, que utilizamos para ir de un lado a otro—contestó el elfo.—Todos los habitantes del País de las Hadas que no tienen alas hacen uso de él. Mire, ahí viene.

Isabel miró y vió que se acercaba a ellos un hermoso globo azul, cuyo tamaño era, más o menos, semejante a los de juguete que ella se había comprado muchas veces. Colgaba de él un cordel y el elfo lo agarró.

—Ya comprenderá usted que, si fuese chiquitita, podría sentarse en la silla que cuelga del cordel—dijo.—Luego yo diría: "Llévate a Isabel a su casa" y allá iría a parar. Pero es usted demasiado grande.

Isabel observó que el elfo ataba una sillita al extremo inferior de la cuerda del globo y deseó ser lo bastante pequeña para sentarse en ella.

—Ya sé lo que podemos hacer—exclamó de pronto el elfo.—¿Ve esas bayas amarillas que crecen en el seto? Pues cómase tres y disminuirá de tamaño lo necesario para poder sentarse en esta sillita.

Isabel tomó tres bayas y se llevó una a la boca. Tenía un sabor muy desagradable pero no obstante se la tragó. En el acto disminuyó de tamaño. Se comió la segunda, que apenas pudo ingerir, y, al fin, tomó la tercera, pero tenía tan mal gusto, que la escupió.

—¡Tonta! —exclamó el elfo.—No está permitido tomar más de tres bayas. Y ahora ya no puede disminuir más de tamaño.

—Me parece que, a pesar de todo, podría sentarme en la silla—dijo Isabel.

Lo intentó y, en efecto, pudo acomodarse en ella.



### SE APEARON DÁNDOLE LAS GRACIAS

—Bueno, agárrese — gruñó el elfo. — Globo, lleva a Isabel a su casa.

El globo osciló en el aire y levantó la silla del suelo. Mas a pesar de sus esfuerzos no consiguió levantar a Isabel.

—¿Lo ve usted?—exclamó el elfo.—Pesa demasiado. Baje inmediatamente, porque el globo no puede transportarla y hay otros muchos que lo necesitan.

Isabel se apeó muy disgustada. Subió entonces un duendecillo y el elfo exclamó:

—Llévate a Pies de Plata a su casa.

En el acto se elevó el globo, llevándose al duendecillo, que se balanceaba en su sillita.

—¿Qué haré, pobre de mí?—preguntó Isabel, ya llorosa.—No tengo más remedio que volver a casa. Y ahora soy tan pequeñita, que mi mamá no me reconocerá.

—No llore—le dijo el elfo.—Hoy ha llovido mucho aquí y no queremos más agua. Quizá querrá llevarla algún pájaro. Desde luego habrá de ser uno de los mayores, porque pesa demasiado para un gorrión o un petirrojo.

—¿No habrá un cuclillo por ahí?—preguntó Isabel.—Esta mañana vi uno que me pareció muy grande.

—Sí, un cuclillo sería lo más apropiado—dijo el elfo que, inmediatamente, dió tres campanadas.

Dos minutos después llegó un cuclillo volando y cargado con dos o tres hadas. Éstas se apearon, dieron las gracias al pájaro y entonces el elfo lo interpeló, diciendo:

—¿Podrías llevar a su casa a esta niña que pesa bastante?

—Sin duda—contestó el cuclillo haciendo una reverencia a la niña, aunque luego muy asombrado abrió el pico.—¡Dios mío! ¿No eres tú la niña a quien oí gruñir porque no había tenido nunca ninguna aventura?—preguntó.

—Sí—le contestó Isabel.—Y tú eres el cuclillo que pasó volando por delante de la ventana. En tal caso, ya sabes dónde vivo. Hazme el favor de llevarme a mi casa.

La niña se encaramó sobre el suave lomo del pájaro y se agarró a algunas de las plumas del cuello. Se despidió del elfo y el cuclillo se elevó por el aire, mientras sus grandes alas silbaban al atravesar la atmósfera. Así continuaron volando e Isabel contenía el aliento para mirar la tierra, que le parecía muy lejana.



—Llegaremos pronto—exclamó el cuclillo después de volar un rato.

En efecto, a los pocos minutos, Isabel observó que empezaba a descender y, de repente, el pájaro fué a posarse en el antepecho de la ventana de su casa.

—¡Ya estamos!—dijo.—Y ahora dime: ¿Quieres alguna aventura más? Aquí tengo unas píldoras, que te convertirán en gigante, si te comes seis.

—No, muchas gracias—contestó la niña.—Por hoy ya tengo bastantes aventuras. Sin embargo, tal vez una de esas píldoras me devolvería mi corpulencia habitual. Soy ahora tan pequeña que, con toda seguridad, no me reconocería mi mamá.

—Sí, creo que una píldora bastará—contestó el cuclillo.—Busca debajo de mi ala derecha y encontrarás una caja amarilla, llena de píldoras. Toma una y luego vuelve a poner la caja en su sitio.

Isabel hizo lo que el pájaro le decía y éste saludó a la niña y se alejó volando.

Isabel, muy recelosa, contemplaba la píldora. Era morada, con puntitos rojos. La lamió un poco y notó que sabía muy bien, de modo que, sin vacilar, se la tragó.

En un momento recobró su estatura y aun quizá un poquito más. Vióse en el antepecho de la ventana y en el acto saltó al interior.

—No contaré a nadie mi aventura —pensó,—porque estoy segura de que no me creerían.

—¡Isabel!—gritó su madre.—Ven a la sala. Está aquí la tía Elisa y quiere verte.

La niña acudió y, en efecto, vió a su tía, que la contempló asombrada.

—¡Dios mío, niña, cómo has crecido!—exclamó.—Estás más alta que la semana pasada.

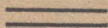
—¡Oh, los niños, a su edad, crecen muy de prisa!— observó su mamá.

—Eso se deberá a la píldora—pensó Isabel.—Y ahora puedo estar segura de que todo ha sido verdadero y no un sueño.

Pero, por más que buscó, nunca pudo ya encontrar aquella sima en el bosque.

—Supongo que los gnomos la cerraron después de descubrirla yo—pensó.

Y tenía razón, porque hicieron eso, precisamente.



SR

## LA TIENDA DE JUGUETES

La señora Rodríguez tenía una hermosa tienda en un extremo del pueblo de Valverde. El establecimiento era muy lindo y querido por los niños, porque en él se vendían dulces y juguetes, de modo que todos los muchachos de la población llevaban allí sus economías.

Había látigos, caballos, muñecas, libros, soldados, escopetas y hermosas locomotoras. También había unos bombones estupendos, que, por lo menos, duraban media hora, y excelentes caramelos envueltos en papel. Era un establecimiento magnífico, y los días de santo o por Navidad eran numerosos los niños que iban allá para contemplar el escaparate y elegir, mentalmente los regalos que deseaban.

La señora Rodríguez tenía dos niños, varón y mujer. Ésta se llamaba Rosalía y aquél Tomasito. Era tan pequeño, para sus años, que casi todo el mundo le suponía cuatro, aunque, en realidad, tenía ocho. Y toda su vida le llamaron Tomasito.

El establecimiento de juguetes era el único del pueblo y, como ya se puede imaginar, hacía muy buenos negocios. Su propietaria había de trabajar mucho, porque los dos niños eran muy tragones y su madre no quería consentir que pasaran hambre. Así, la buena mujer no conseguía economizar nada en absoluto, sino que gastaba todos los ingresos.

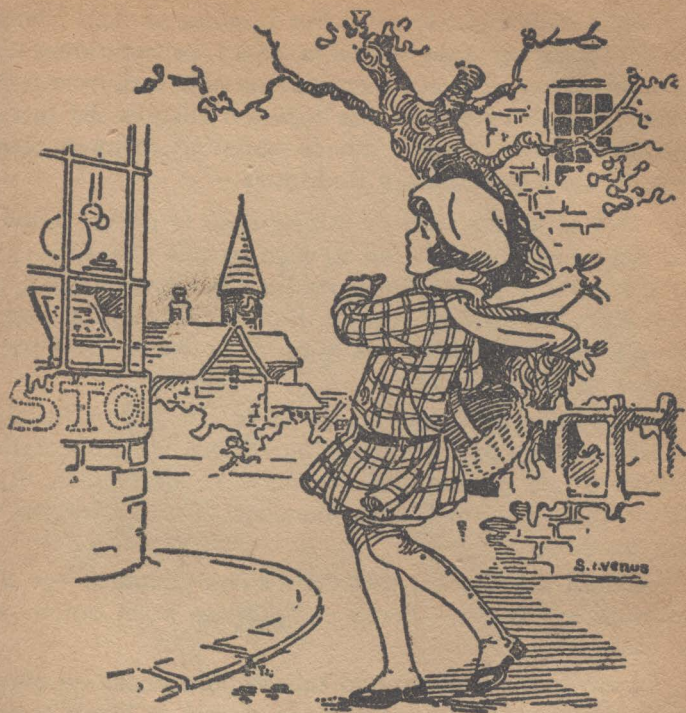
Rosalía y Tomasito solían preguntar a su madre acerca de su papá y ella entonces, muy orgullosa y satisfecha, les contestaba:

—Se marchó a América a fin de ganar mucho dinero para todos nosotros. Entonces, Rosalía, tenías cuatro años y Tomasito dos. Un día muy desagradable de primavera, papá encontró a un individuo que le prometió darle trabajo río abajo, y los dos se embarcaron para ir a visitar el lugar en que debía realizarse el trabajo. Pero de pronto empezó a soplar el huracán, que hizo naufragar el bote y ambos se vieron arrastrados por la corriente. ¿Qué os figuráis que hizo entonces vuestro valeroso papá? Dióse cuenta de que su compañero no sabía nadar, de modo que lo agarró y, después de luchar lo indecible, consiguió llevarlo a tierra.

“Viendo que su compañero estaba ya a salvo, lo soltó, pero él, por su parte, perdió pie, se vió arrastrado por la corriente y murió ahoado. Fué un hombre muy valeroso y vosotros habéis de imitar su ejemplo. Y ahora, niños, daos prisa, porque ha llegado la hora de ir a la escuela.

Los niños emprendieron el camino hacia el colegio, en tanto que su madre volvía a ocuparse en su trabajo. Estaba siempre muy atareada, porque hacía traies para las muñecas que vendía o bien caramelos y bombones. Pero aquel día tenía otras preocupaciones. Oyó decir que iban a vender el terreno situado frente a su establecimiento y que el nuevo propietario se proponía edificar una casa. Ya la gente aseguraba, también, que en aquel nuevo edificio se instalaría uno de esos bazares que venden toda suerte de géneros. Daban una gran lista de las cosas que allí se venderían y entre ellas figuraban los dulces y los juguetes. ¿Qué sería de la tiendecita de la señora Rodríguez ante una competencia tan desigual?

En efecto, poco después se empezó la construcción del edificio y al cabo de algunos meses quedó terminado. También, como se había anunciado, se instaló un gran



AL OTRO LADO DE LA CALLE SE INSTALÓ UN BAZAR

bazar, mucho mejor de lo que todos se habían imaginado. Y en él, naturalmente, se venderían también toda clase de juguetes, mucho mejores y más bonitos que los de la señora Rodríguez.

Me gustaría tener uno de esos automóviles, el día de mi santo—dijo Tomasito, después de haber pasado largo rato ante el establecimiento rival. Y Rosalía resolvió satisfacer el deseo de su hermanito.

¡Pobre señora Rodríguez! Sus temores se convirtieron en realidades, porque, en breve, todos los habitantes del pueblo fueron al nuevo bazar a comprar cuanto necesitaban. Los niños también se hicieron clientes del nuevo establecimiento, porque allí se obtenían mejores cosas que en casa de la señora Rodríguez.

—No sé lo que será de mí —pensó la buena señora, un día en que no entró en su casa su solo cliente.—Hoy la campanilla de la puerta no ha sonado más que una vez, para dar paso al cartero. Pronto no tendré lo necesario para mantener a mis hijos. Y entonces, Dios sabe lo que será de nosotros.

Acercábase ya el día del santo de Tomasito y Rosalía vació su hucha para contar el dinero que tenía ahorrado. Encontró una peseta, una monedita de dos reales, otra de un real, de níquel, ocho monedas de diez céntimos y dos de cinco.

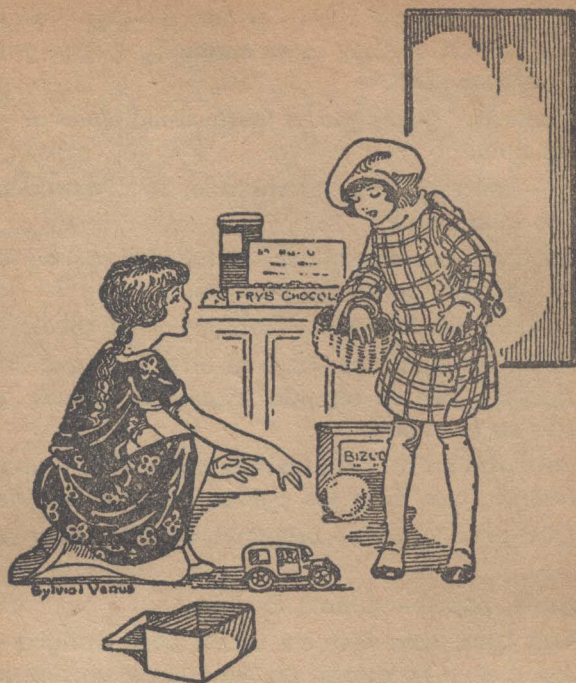
—Total dos pesetas sesenta y cinco céntimos—se dijo, muy satisfecha.—Podré comprar un buen automóvil a Tomasito.

Esperó a que su hermano saliera para hacer un mandado de su madre y entonces se dirigió al bazar y entró en él.

—¡Qué hermoso establecimiento!—pensó.—No es de extrañar que la gente venga aquí, porque todo es muy bonito. ¡Ah, aquí están los automóviles!

No había nadie, porque era la hora de comer, de modo que la niña pasó dos o tres minutos sola por completo. Luego golpeó el mostrador y tosió para anunciar su presencia.

Inmediatamente acudió una niña, casi de su misma edad.



—MARCHA MUY BIEN — DIJO

—Siento mucho haberla hecho esperar—dijo.—Como papá está comiendo y mamá tiene que hacer con el niño, he creído que tal vez podría yo servirla.

—No importa — contestó Rosalía. — Quería ver esos automóviles de cuerda. ¿Marchan bien?

—¡Oh, sí!—contestó la niña tomando uno, que puso en el suelo.—Mire; se da cuerda aquí y el automóvil corre largo trecho. Mi hermano tiene uno y está muy contento con él.

—Yo lo quiero para mi hermanito—dijo Rosalía.— Se llama Tomasito y hoy es su santo. Sé que le gustaría mucho un automóvil.

—¿Tomasito? Oiga, ¿no se llama usted Rosalía?—preguntó la niña.

—Sí—contestó, muy asombrada, la compradora.— ¿Cómo lo sabe usted?

—¿Su papá, por casualidad, se marchó a América?—preguntó la niña, poniéndose en pie.

—Sí—contestó Rosalía.—Pero ¿cómo lo sabe?

—Espere un momento—dijo la otra, muy excitada.— ¡Papá, papá! ¡Ven en seguida! Aquí está Rosalía, y Tomasito es su hermano.

No tardaron en salir un hombre corpulento y una mujer sonriente, que eran los padres de aquella niña.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó Rosalía, muy extrañada.

—Díselo, papá—exclamó la niña.

—Pues bien, esta historia es un poco antigua—dijo aquel hombre.—Yo estaba en América y un día conocí a un hombre que necesitaba trabajo. Yo le llevé a comer conmigo y él me enseñó una fotografía de sus dos hijos. La niña se llamaba Rosalía y el niño Tomasito.

—¡Oh!—exclamó Rosalía con el corazón palpitante.—Ya conozco el resto de la historia. Era mi papá. Él le salvó a usted de morir ahogado, pero, a su vez, se ahogó.

—Es verdad—contestó aquel hombre.—Y, desde entonces, no hemos cesado de buscar a su esposa y a sus hijos, para demostrarles nuestra amistad. Sin embargo, no lo habíamos conseguido aún. ¿Dónde vivís?

—En ese establecimiento de juguetes, que hay al otro lado de la calle—contestó Rosalía.—Y ahora ustedes





## TOMASITO TUVO UN DÍA FELIZ

nos han quitado todos los clientes, aunque ya comprendo que no tienen ninguna culpa ni ha sido esa su intención.

—¡Qué vergüenza! — exclamó, sonriendo, la dueña del establecimiento.—Ven, Jaime. Vayamos inmediatamente a visitar a la madre de Rosalía para decirle cuánto nos alegramos de haberla encontrado. Y también veremos a Tomasito. Ha sido una suerte que Rosalía entrase a comprar su automóvil de cuerda.

No podéis imaginaros lo que ocurrió aquel día. La señora Rodríguez lloró, rió, y Tomasito saltó de alegría. ¿A qué no adivináis la causa de tanta emoción por parte de la buena señora?

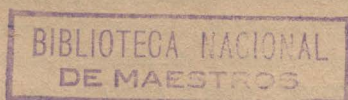
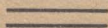
—Yo tengo muchos establecimientos como éste—dijo su propietario.—Y necesito que alguien se encargue de regentar el que acabo de instalar. ¿Quiere usted aceptar este cargo, señora Rodríguez? Precisamente estaba

aguardando la ocasión de encontrar a una persona apropiada, porque yo vivo habitualmente en la ciudad inmediata.

Así fué cómo la señora Rodríguez abandonó su pequeño establecimiento para trasladarse al bazar, y estaba contentísima al ver cuán bien habían resultado las cosas.

En cuanto a Tomasito, tuvo el día de su santo más feliz de su vida, porque los dueños del bazar le permitieron escoger los juguetes más bonitos del establecimiento.

¡Qué suerte tuvo! ¿Verdad?



JK



*Serie de obras de recreo, muy estimulantes y altamente educativas, que han sido seleccionadas entre las de los autores de mayor prestigio. Estas novelas forman la mejor biblioteca clásica de la juventud, y en ellas alternan los más emocionantes episodios con las verdades de orden natural y científico, reveladas a los adolescentes en forma amena y agradable.*

## TITULOS PUBLICADOS

- «La Isla Misteriosa», por Julio Verne.
- «Pedro Simple», por el Capitán Marryat.
- «El Perro Diabólico», por el Capitán Marryat.
- «Dos años de vacaciones», por Julio Verne.
- «20.000 leguas de viajes submarinos», por Julio Verne.
- «Las tribulaciones de un chino en China», por Julio Verne.
- «Las Indias Negras», por Julio Verne.
- «Héctor Servadac», por Julio Verne.
- «Los naufragos del Pandora», por Mayne Reid.
- «La isla del tesoro», por R. L. Stevenson.
- «Las historias de Cabidoulin», por Julio Verne.
- «Robur el Conquistador», por Julio Verne.
- «La montaña de Oro», por Karl May.
- «La Estrella del Sur», por Julio Verne.
- «Dueño del Mundo», por Julio Verne.
- «El pueblo aéreo», por Julio Verne.
- «La venganza del caudillo», por Karl May.

### Precio de cada volumen

En Rústica: . . . . . \$ 0.70

En Cartoné: . . . . . \$ 1.—

URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 165

BUENOS AIRES

SC  
LIT  
-MA